

¿QUE CREEN LOS PROTESTANTES?

La «Lanza» se propone responder á esta pregunta para satisfacer, segun dice, á lo que respecto de los sectarios interrogau algunas personas, y tambien para que no se diga que los protestantes no tienen fé. ¿Qué creen pues los protestantes? La contestacion es muy sencilla: los protestantes creen lo que es de su gusto, y nada mas lo que es de su gusto: asi lo han practicado siempre; asi lo practican ahora, y asi lo practicarán mientras no dejen de ser protestantes.

Para convencerse de esta verdad no se necesitan ni profundas meditacione, ni investigaciones dificiles, ni largos razonamientos. Dicen los protestantes que admiten la revelacion; y esto sería lo único que al parecer pudiera excusarlos de creer lo que se les antoja; pero nada es mas efimero que tal excusa como facilmente lo veremos.

Aseguran los protestantes que toda la revelacion está escrita en la Biblia y niegan obstinadamente las tradiciones. ¿Quién no comprende cuanto contribuye á esto para la libertad de pensar en materias reveladas? Para insistir en un error contra el cual se opongan dos ó tres textos sagrados, les basta á los sectarios ó negar que sea divino el libro en que se encuentran aquellos textos, ó alterar los mismos textos, ó darles una interpretacion violenta; para todo lo cual jamás han tenido escrúpulo los protestantes. Pero un argumento de tradicion los pondria en conflictos verdaderamente terribles; porque la tradicion no se prueba con las palabras de un solo libro que con mas facilidad se pudieran suprimir, alterar, ó violentar en su sentido: la tradicion se demuestra con la doctrina de la larga serie de escritores que han tratado las materias de la Religion cristiana desde los primeros siglos de la Iglesia, con los hechos mas públicos y ruidosos que no pueden tener otra explicacion sino la creencia general de un dogma de fé, con el testimonio de los historiadores eclesiásticos ó profanos que mencionan ó suponen la existencia de esa creencia, con los monumentos mas y mas antiguos, con el consentimiento de los mismos herejes que si se separaban de los católicos en uno, dos ó tres puntos, estaban conformes en lo demas, contribuyendo así á la condenacion de los que en tiempos posteriores se atrevieran á negar lo que no contradijeron en los primeros siglos ni aun los mismos enemigos de la Iglesia. ¿Y sería posible á los protestantes negar ó alterar todas las obras de los Santos Padres, y de todos los demas escritores eclesiásticos, cambiar la historia eclesiástica y aun la profana, hacer que se olviden los hechos mas ruidosos, formar una nueva historia de las herejías etc.? Esto es mil veces mas dificil que viciar dos ó tres textos de la Biblia ó torcer su sentido. Lo han comprendido estos sectarios, y por esto, para que nadie pretenda obligarlos á creer cosa alguna que no sea de su agrado, les ha parecido mucho mas sencillo negar las tradiciones, por mas que en la misma Biblia se mande admitirlas: «Retened, dice S. Pablo, las tradiciones que aprendisteis ya sea por palabra, ya por carta

nuestra.» *Tenete traditiones quas didicistis sive per sermonem, sive per epistolam nostram.* [2. Thessal. c. 2, v. 14.]

Eliminadas las tradiciones, han andado ya los protestantes mas de la mitad del camino para llegar á su deseado fin de la *omnímoda libertad de pensar y creer segun su gusto en materias de religion*: ya se miran exentos de que se les ponga alguna vez en los que serian para ellos los mayores aprietos. Pero quedan todavía los Libros Santos que reprueban con toda claridad los errores del protestantismo. ¿De qué medios se valdrá éste para que sus sectarios puedan evadirse de los formidables argumentos que se les pueden hacer con la Biblia? Mas no se crea que al protestantismo se le hayan de escasear los medios de que sus sectarios hablen siempre de la Biblia, y siempre digan que creen lo que dice la Biblia, y sin embargo nunca dejen de creer única y exclusivamente lo que es de su gusto. Hé aquí el primer medio, por cierto muy expedito. Como el protestantismo no reconoce autoridad ninguna religiosa fuera de la única y absoluta autoridad del juicio particular de cada uno, nadie puede haber en el mundo que exija á los protestantes que reconozcan como divinos los libros sagrados que no les agrade mirar como inspirados por Dios; y como ellos no esperan que venga un Angel del cielo á decirles que en efecto son divinos esos libros, hé aquí que se encuentran con toda la apetecible libertad para recibir ó rechazar los Libros de la Biblia como mejor les agradare. Se evadirán pues de multitud de argumentos, negando que sean divinamente inspirados los Libros Sagrados cuyos testimonios consideren que los pondrían en mayores compromisos.

Pero al fin los protestantes se ven precisados á admitir algunos libros como divinamente inspirados, por que comprenden muy bien que si ningunos recibieran, ni aun los mas estúpidos les concederian el título de cristianos, y ellos siempre quieren apropiarse este título honorífico. ¿Qué harán, pues, para defenderse de los argumentos que contra sus errores se tomarán de los libros que admitan como divinos? Aquí es donde tiene lugar la licencia de alterar y la licencia de interpretar. Rechazan absolutamente la version vulgata latina. Al fin la lengua latina es muy conocida, y si los protestantes admitieran como auténtica una version latina de la Biblia, se considerarían muy expuestos á que luego se les patentizaran las alteraciones muy premeditadas que hicieran en los lugares de los Libros Santos con que se combatieran sus errores. Los protestantes no admiten como auténticas mas que las versiones griegas y hebreas de los Libros Santos: pero no son éstas las que ponen en las manos de sus adeptos; los protestantes son los decididos partidarios de la indefinida multiplicacion de los ejemplares de la Biblia en lenguas vulgares, de su circulacion abundantísima y de su lectura por toda clase de personas: de manera que los mismos que dicen que no hay mas ejemplares auténticos de la Biblia sino los griegos ó hebreos, ellos son los que quieren y procuran que los ejemplares NO AUTÉNTICOS de los Libros Santos en lenguas vulgares anden en las manos de todos, en las manos de la incontable muchedumbre, que no solo no es capaz de comparar esos ejemplares NO AUTÉNTICOS con los que los protestantes miran como auténticos, es decir, con los griegos y hebreos, sino que no conocen ni los caracteres de estas lenguas, ni pueden leer ni siquiera una sola palabra griega ó hebrea. Así se

garantizan los protestantes para que los ignorantes que les creen no conozcan las alteraciones que hacen en los Libros Santos. ¿Quién no ve que con la libertad que estos sectarios se toman para imprimir y difundir entre el pueblo la Biblia en lengua vulgar, pueden viciar y alterar la Biblia de la manera que les agrade? Recordarán nuestros lectores que tan luego como se presentaron en Guadalajara los propagandistas del protestantismo, les probamos que alteraban la Sagrada Escritura y que sus traducciones eran viciosas, ya se compararan con el texto latino, ya con el griego, ya con el hebreo, habiendo sido imposible á los sectarios defender sus malas traducciones.

Pero no bastaba á los protestantes ni encerrar en la Biblia toda la revelacion, ni negar la divinidad de estos ó aquellos Libros Sagrados, ni alterar donde les fuere posible los mismos Libros Sagrados que admitieran: para precaverse contra los argumentos de los católicos, y para quedar en plena posesion de la omnímoda libertad de creer solo lo que fuera de su gusto, necesitaban de otro medio de aplicaciones mucho mas amplias y de uso mucho mas fácil y expedito: este lo encontraron en el principio del exámen é interpretacion privada de la Biblia. Este medio es tan adecuado para el fin de conformar las creencias con el capricho y el agrado individual, que aun cuando los protestantes no hubieran adoptado ninguno de los otros, les bastaria este para conseguir su objeto. Podrian admitir las tradiciones, seguros de que declarándose árbitros para interpretarlas segun su juicio particular encontrarían en ellas todos los errores del protestantismo: podrian admitir todos los Libros Sagrados que rechazan; podrian conservar intacto el texto de los que admiten y jamás hacer en él ninguna alteracion: siendo ellos los únicos jueces del sentido de la Biblia y de la tradicion, siempre encontrarían en ambas lo que quisieran. Nada importa pues que los textos que se oponen á los protestantes sean claros y terminantes; ellos tienen amplísimas facultades para dar sentidos figurados, para dar interpretaciones infundadas, absurdas y hasta ridiculas á cualquier texto sagrado que se les oponga en contra de sus errores.

El sistema de religion de los protestantes consiste en decir que lo único que corresponde á Dios es hacer que se estampen en un papel los caracteres materiales; pero que á cada uno de los sectarios le corresponde determinar de una manera definitiva que en aquellos caracteres no se contiene sino esto ó aquello: la decision sobre lo que cada individuo ha de creer, la deja el protestantismo única y exclusivamente al mismo individuo: en el sistema protestante cada uno tiene ilimitada facultad de formular para sí mismo su fé, su religion y su ley moral: mas allá del propio juicio á nadie tiene que escuchar ni que atender á nada. Hé aquí como el protestantismo está perfectísimamente adecuado á que sus secuaces crean lo que sea de su gusto y nada mas que lo que sea de su gusto.

No puede negarse al protestantismo *el gran mérito* de ser una religion muy cómoda. ¿Qué mas pudiera apetecer el hombre para vivir á sus anchuras? El protestantismo lo autoriza para someter á sus propios caprichos la fé, la ley y la conciencia. ¡El Cielo nos liberte de tan funesta plaga!

PRESB. AGUSTIN DE LA ROSA.

UNA CONVERSION EN INGLATERRA.

«El renacimiento del Catolicismo en Inglaterra tiene dos corrientes: una que nace espontánea en el seno del protestantismo y otra que es fruto del apostolado del clero católico. A la primera se debe la conversion de gran número de ministros anglicanos, de profesores y escritores distinguidos, de políticos y estadistas renombrados; la segunda hace sentir particularmente su influencia entre la clase proletaria y lleva la luz de la verdad á las almas que viven sumidas en las tinieblas de la ignorancia.

Todos nuestros lectores tienen ya noticia de cómo se alcanza la conversion de herejes y de incrédulos por medio de la predicacion evangélica, pues todos conocen lo que es una mision católica; pero puede ser para algunos una novedad, para muchos objeto de curiosidad, para otros asuntos de estudio y para todos motivo de satisfaccion el conocer cómo se verifican esas conversiones espontáneas, que allí se realizan siempre en los hombres de mas talento, de mayor instruccion y de carácter mas independiente. El P. Ignacio, uno de esos conversos, que á su vez ha sido gran convertidor de almas, es el tipo de esa clase de conversiones, y como de él tenemos noticias muy detalladas, pondremos á la vista de nuestros lectores las suficientes para que lleguen á tener una idea bastante clara de ese curioso, consolador y providencial fenómeno que se está realizando en esa poderosa nacion tan apasionadamente enemiga de la Iglesia católica.

El P. Ignacio, llamóse en el siglo Jorge Spencer, y nació el 21 de Diciembre de 1799 en Lóndres, siendo su padre Jorge Juan Spencer, miembro del Parlamento, lord de la Tesorería y primer lord del Almirantazgo. Jorge pasó los ocho primeros años de su infancia en Althorp, residencia habitual de su familia, y de allí fué enviado al colegio real de Eton en compañía del mas jóven de sus siete hermanos. Los dos niños fueron confiados al cuidado de M. Ricardo Godley, profesor del colegio y prebendado de la catedral de Chester. A los paternales cuidados de este *private tutor* debió el jóven Spencer el librarse de la espantosa desmoralizacion en que estaban sumidos sus condiscípulos. «Los que saben,—dice él mismo,—lo que son nuestras escuelas públicas, con dificultad podrán creer que durante los cuatro años que permanecí en Eton llegara mi inocencia hasta el punto de no comprender nada en las malas conversaciones que oia á cada momento. La autoridad de M. Godley algunas veces me parecia pesada; todos los dias debiamos atravesar diferentes veces las plazas donde se juzgaba para ir á la escuela, á la capilla, etc.....y M. Godley se mostraba inexorable en no dejarme parar allí..... Si esta severidad era poco á propósito para corregir la timidez de mi carácter, en cambio me preservó de una completa corrupcion; porque ¡ay! ¿qué niño de ocho á doce años podria, sin el auxilio de una persona virtuosa y experimentada, salvar su modestia y su inocencia de las persecuciones inveteradas é incesantes.

En 1812 Spencer salió de la tutela bienhechora de Godley para entrar en una casa mas renombrada, pero cuyas costumbres eran detestables. «Sus nuevos condiscípulos, dice uno de sus biógrafos, se encargaron de cambiar por completo su educacion y lo llevaron á cabo con el zelo particular que distingue á los agentes del mal, cebándose en la inocencia de aquel niño

cándido..... En Eton, la disciplina del colegio no vale mas que la moralidad de las casas de pupilo. Una costumbre establecida de tiempo inmemorial permite á los estudiantes mas antiguos mandar á los que lo son menos. Esta práctica, bien que tolerada por los maestros, no es secundada por ellos; pero aunque quisiesen corregir el abuso de poder de los veteranos, no tienen medios para hacerlo. Así es que un jóven, sea cual fuere su rango en la escuela, no puede escapar á las vejaciones que se le imponen si no tiene la edad, la fuerza y la resolucion de defender su independencia. Cada colegial antiguo puede imponer su voluntad á cierto número de inferiores, á la hora y punto que le dá la gana; y el desdichado que se haya en este caso, no tiene medio de evadir tales exigencias. Nadie escapa á la necesidad de abandonar inmediatamente su tarea, si así le place á cualquiera de sus tiranuelos.»

Hé aquí cómo habla de esa detestable costumbre M. Taine: «Los mas jóvenes son criados y esclavos. Cada uno de los mayores tiene varios á sus órdenes que están obligados á cumplir sus mandatos, barrerle el cuarto, limpiarle los candeleros, tostarle el pan, llamarle por la mañana, acompañarle en los juegos para coger las balas y traérselas, estar á sus órdenes mientras trabaja, sufrir sus caprichos. Para una obediencia tan puntual y minuciosa, los mayores emplean terror. Los bofetones, los puntapiés son poco menos que caricias y no se cuentan como castigos.... En el primer grado de los verdaderos castigos figuran los bofetones sistemáticos, el paciente está obligado á mantener sus brazos pendientes á lo largo del cuerpo y sufrir sin pestañear una docena de bofetadas aplicadas á ambos carrillos.

Nos hemos detenido en estos detalles mas de lo que exige la naturaleza del asunto que tratamos, para que estos datos sirvan de aviso á los padres españoles que envian sus hijos á los colegios de Inglaterra, creyendo que allí todo es perfecto é inmejorable. [*Atiendan tambien los mexicanos que se llenan de encanto por todo lo que es ingles, y quisieran ver en México una Nueva Inglaterra.*] Bueno es que vean los peligros á que los exponen, á fin de que antes de separarles de su lado y abandonarlos á su inexperiencia, tomen los informes necesarios y adopten las precauciones convenientes para evitar las contingencias de males que tienen difícil remedio.

El jóven Spencer, despues de pasar cuatro años en Eton, siguió sus estudios en casa del Dr. Blomfield, que murió siendo obispo de Lóndres. Parece que en esta época, gracias á la aficion al estudio que supo despertar su nuevo maestro, á los sentimientos religiosos de éste y al buen natural de Spencer, se borraron en su alma las huellas del estrago que en ella causaron los malos ejemplos y malos consejos de sus condiscípulos de Eton.

Bien preparado por el Dr. Blomfield, entró en la Universidad de Cambridge, donde alcanzó desde luego y conservó siempre los primeros puestos logrando fama de buen estudiante, de jóven cortés y distinguido caballero.

Como segundon de familia principal, Jorge Spencer estaba destinado desde su nacimiento á la carrera eclesiástica, y segun costumbre, despues de concluidos sus estudios universitarios, su padre le hizo viajar un año por el

continente á fin de que conociera la sociedad y disfrutara de sus ventajas sin las cortapisas que necesariamente le impondria el nuevo estado á que iba á entrar dentro de poco.

Entregado á los placeres mundanos que facilitaban su posicion y su fortuna, sin vocacion por la carrera eclesiástica, se ocupaba muy poco en las cosas religiosas, así es que, á pesar de haber asistido en varios puntos de Italia, y particularmente en Milan y en Roma, á las ceremonias del culto católico, ninguna impresion produjeron en su ánimo, prevenido contra ellas por las antipatías anglicanas que le imbuyeron desde su niñez.

En cambio, el teatro produjo en su espíritu el efecto que no habian producido las iglesias y los templos. De paso por Paris, al tomar la vuelta de Inglaterra, asistió á la representacion del *D. Juan Mozart*. «A la vista de *D. Juan*, sorprendido por una legion de diablos en medio de su vida licenciosa, quedé aterrizado—dice—al pensar en mi propio estado. Comprendí que Dios, que lee en el fondo de nuestros corazones, debia necesariamente colocarme en la categoría de *D. Juan*, y el temor del juicio de Dios me salvó.»

Pocos meses despues acudió al llamamiento del obispo de Petersborough para recibir el diaconado. Es de advertir que la iglesia anglicana no tiene seminarios donde los aspirantes al sacerdocio se preparen con estudios y ejercicios para la carrera que van á emprender, ni en las universidades se enseñan carreras especiales: despues de adquirir en ellas conocimientos generales bastantes extensos, cada cual aprende privadamente á aplicarlos á la especialidad á que quiere dedicarse.

Con estos antecedentes no se estrañará que el jóven Spencer escribiera al examinador diocesano para preguntarle las materias sobre que versaria el exámen. La contestacion fué: «En cuanto á mi no concibo la idea de someter á un exámen que no sea de pura forma á un hidalgo de vuestro talento y calidad. Un versículo del Testamento griego y uno de los artículos de la Iglesia, traducido del inglés al latin, bastarán para el caso. En cuanto á la parte doctrinal, el asunto queda á eleccion del obispo, limitada por el programa. Es un exámen de opiniones y no de ciencia lo que se hace.»

Un año medió entre el diaconado y el sacerdocio, tiempo empleado por Spencer en estudios profundos y continuados sobre materias eclesiásticas y en obras de caridad, huyendo cuidadosamente de las diversiones y tambien de las ocupaciones frívolas. Su trasformacion era visible á los ojos de todos; pero tambien entonces empezó la duda á agitar su conciencia meditando sobre el principio y el final del credo de San Atanasio.

Apenas principiaba su carrera, se vió colmado de favores que le atraian la posicion social de su familia, su talento, su saber, la bondad de su carácter, la distincion de sus maneras, su caridad inagotable, su vida ejemplarísima. No obstante, el ardor que ponía en el estudio, lejos de calmar las dudas de su espíritu y las inquietudes de su conciencia, no servía sino para aumentarlas. Comunicólas á su padre, y éste le aconsejó que se dirigiera á su diocesano. Las explicaciones de éste no le satisficieron, ni las del obispo de Lóndres, su antiguo maestro; entónces su mismo padre, con una bondad inagotable, le proporcionó una entrevista con el Dr. Allen,

á quien consideraba el hombre mas docto de Inglaterra en las materias que eran objeto del estudio y meditaciones de su hijo. Esta entrevista, en vez de desvanecer las dudas del jóven Spencer, las aumentó, tanto que al despedirse convinieron que para tranquilizar su conciencia, enviaria al diocesano la renuncia del curato que desempeñaba.

La sed de verdad era cada dia mas insaciable, y cuanto hacia para satisfacerla, la estimulaba: las autoridades mas reputadas recibian sus consultas, sin que ni los unos ni las otras lograran calmar su agitado espíritu. Un dia, el 23 de Noviembre de 1827, Spencer recibió una carta anónima fechada en Lilla de Francia. En esta carta se le hablaba extensamente y de una manera simpática y luminosa de lo que era objeto de sus dudas.

Spencer contestó á su misterioso corresponsal, que si bien en el tono parecia protestante, se inclinaba visiblemente al catolicismo. En un principio el jóven presbitero concibió la esperanza de desvanecer los errores de su corresponsal; pero como éste logró persuadirle que estudiara la doctrina de la Iglesia católica que él no conocía sino por referencia, desde que Spencer sincero en todo, se persuadió de que debia hacer este estudio, fueron notables y no interrumpidos, aunque mesurados los pasos que dió en el camino de la verdad.

Un dia cesó de repente esta correspondencia, que ya habia producido su efecto dando una direccion á las investigaciones de Spencer. Algunos años despues, supo que aquel misterioso corresponsal fué una señora inglesa, convertida tambien al catolicismo, que murió en Paris siendo profesora en el convento del Sagrado Corazon.

Adelantado en el camino que le abria la Providencia por tan extraordinarios medios fuese en busca de un tal Ambrosio Lisle Philips, hijo de un rico caballero de Leicestershire, convertido recientemente al catolicismo, para saber por qué razonamiento habia llegado á tener por verdad lo que él consideraba aún como el error. Quedó tan prendado de esta primera entrevista, que las repitió con alguna frecuencia, hasta que despues de dudas vacilaciones la verdad penetró en su alma que la ansiaba tan deveras, y abjuró sus errores entrando en el gremio de la Iglesia católica romana el 25 de Enero de 1830.» («La Voz» de 5 del actual.)

ESTADO DEL HOSPITAL DE SAN MIGUEL DE BELEN DE GUADALAJARA AL SEPARARSE DE SU DIRECCION LAS HERMANAS DE LA CARIDAD EN DICIEMBRE DE 1874, POR CAUSA DE LA LEY ORGANICA DE LAS ADICIONES Y REFORMAS CONSTITUCIONALES.

Habia en este establecimiento siete grandes salas destinadas para enfermos: de estas unas eran de hombres y otras de mujeres.

Salas de hombres enfermos.—Estas eran las siguientes:

Sala de Dios Padre.—Estaba destinada para los presos enfermos. Tenia un altar con una imágen del Divino Preso, y sus respectivos adornos. Habia en esta sala ciento dos camas, teniendo cada una su colchon, dos sábanas, una almohada con funda, una frazada y una sobrecama; á mas de la ropa de las camas, se tenian cuatrocientas sesenta piezas de ropa destinada para el uso de los enfermos segun la necesitaran; tenia ademas

cada enfermo una mesa hacia su cama, una toalla y cuchara en su respectiva mesa, y lo demas que le era necesario. Las ventanas de la sala tenian cortinas; habia tambien dos estantes, un agua-manil, la loza suficiente para el uso de los enfermos, y relox todo esto en regular estado.

Sala de Dios Hijo.—Hacia muy poco tiempo que por segunda vez se habia abierto esta sala, y todo lo que le era necesario era nuevo: habia en ella carenta y cuatro camas; y ademas de la ropa necesaria á cada una, sobraban ciento sesenta y seis piezas: tenia las mesas suficientes para todos los enfermos. cada enfermo tenia su toalla y cuchara, etc.: habia aguamanil, estante y escritorio en muy regular estado; la loza de esta sala era suficiente y nueva.

Sala de Dios Espiritu Santo.—En esta sala habia sesenta y seis catres con todo lo necesario á cada uno sobrando además ciento treinta piezas de ropa para mudar á los enfermos. En la ropa de todas las salas van incluidas las camisolas, pues á cada enfermo al entrar al establecimiento, se le guardaba su ropa en una roperia que cada sala tenia para este objeto, y se le daba una camisa que entregaba si salia. Habia tambien en esta sala mesas suficientes para todos los enfermos que podian caber, un guarda-ropa grande y seis estantes, relox, aguamanil, dos escritorios y clavijero en muy regular estado: la loza en su mayor parte era nueva. Tenia esta sala catorce ventanas con sus respectivas cortinas: las puertas tambien tenian cortinas. Habia un altar en la cabecera principal de la sala con la imágen de San Vicente y sus correspondientes adornos, cuyo valor fué considerable, y gran parte de este dinero fué puesto por los enfermos. Correspondia á esta sala un jardin.

Sala de S. Pedro.—Esta sala tiene la capacidad de ciento cincuenta camas poco mas ó menos; pero estaba solamente ocupada con tres camas con lo anexo á estas; estaba dividida de la sala de Dios Espiritu Santo por una cortina: sus ventanas así como las de las salas anteriores tenian vidrieras. Cuando se aumentaba considerablemente el número de los enfermos, pasaban á esta sala los que no podian caber en las anteriores.

Salas de mujeres.—Estas eran la de S. Vicente, otra anexa á esta y la del Sagrado Corazon de Jesus. La primera tenia cincuenta y cinco catres cada uno con sus dos sábanas, colchon y una ó mas almohadas segun las necesitaban las enfermas, frazada y sobre-cama. Ademas de todas las piezas de ropa que habia en las camas, se tenian otras ciento setenta y nueve para la muda de las enfermas. Las ventanas de esta sala tenian vidrieras y cortinas; tambien tenian cortinas las puertas. A esta sala estaba anexa otra que se llamaba sala de clinica: habia en esta quince camas con lo necesario y ademas doble muda de ropa, mesas, etc., con lo indispensable á cada una de las enfermas segun su número. Esta sala tenia tambien cortinas en las ventanas y puertas. Tanto la sala grande como esta, tenian su agua-manil; la sala grande tenia además un buen relox. Habia una roperia para las dos salas, un jardin correspondiente á estas mismas con una fuente en el centro. Estaba inmediata una cocina con lo necesario. Además, la sala de S. Vicente tenia un altar y en él una imágen de S. Juan de Dios. A esta imágen hacia muy poco que se le habia hecho un vestido que juntamente con los adornos del altar eran de un precio considerable. La sala del Sagrado Corazon de Jesus te-

nia cincuenta y seis camas con lo necesario cada una, y considerable número de piezas de ropa para muda de las enfermas. Habia mesas en suficiente número para las enfermas y los demas objetos que les eran necesarios. Las ventanas de esta sala tenian vidrieras. Habia altar con un cuadro de Nuestra Señora del Refugio, con los adornos indispensables.

La hermana encargada de esta sala le proporcionó á la misma algunos objetos de valor como todos los adornos del altar, y mejoró cuanto pudo algunos otros, trabajando personalmente en bordado, tejidos de varias clases y aun en trenzar de rebozos.

Sala de Los Dulces Nombres.—Servia de dormitorio á algunas personas que habia en la misma casa, siendo unas de ellas enfermeras. El número de enfermos generalmente era muy considerable, porque este hospital era general y se recibian en él no solo á los enfermos de la ciudad, sino tambien á los que venian de fuera.

(Continuará.)

UN MISIONERO.

«El difunto padre de Smet colectó en Europa en varias épocas, durante su larga vida de misionero, la suma de 350,000 pesos, toda la cual la consagró al sostenimiento de las misiones de los indios en los Estados- Unidos. Cincuenta mil pesos de esta suma, fueron donados por sus parientes de Bélgica.» (La «Voz de México» de 31 del pasado.)

NUMERO DE INDIOS EN LOS ESTADOS-UNIDOS.

«Dice la «Iberia que segun el último informe oficial del comisionado de indios en los Estados- Unidos, existen en la vecina República 250,000 indígenas, de los cuales 90,000 son salvajes. Casi todos viven en California y en el territorio indiano, se calcula que solo 10,000 se resisten á la dominacion de los blancos.» [El «Diario Oficial» de Zacatecas de 28 del pasado.]

INCENDIOS EN LOS ESTADOS-UNIDOS.

«Boston ha sufrido un nuevo y terrible incendio, segun anuncian los telégramas.

«El siniestro, segun parece, fué obra de incendiarios, habiéndose presentado las llamas en distintos puntos de la poblacion, consumiendo buena parte de los centros comerciales, amenazando la marina, destruyendo alguno que otro buque y causando graves destrozos en multitud de ellos.

«El incendio principió poco despues de media noche, y por tres veces volvió á reaparecer con irresistible violencia, cuando el cuerpo de bomberos contaba ya con haberlo dominado. Las pérdidas se calculan en un millon de pesos, siendo muchos los individuos del cuerpo de bomberos que, con motivo del intenso frio que reinaba, han resultado con las extremidades heladas.

«Los últimos telégramas dan el incendio por sofocado enteramente.» [La «Voz» de 30 del pasado.]